

# minúsculas

Fotos: Lámparas. Capurganá. Marcela Mejía Escobar

## El imperio de la piel

Andrés García Londoño

La piel: el mayor órgano del cuerpo humano. Dos metros cuadrados de sensibilidad. Y como la piel es el principal escudo del cuerpo humano frente a todos los elementos nocivos del ambiente, desde gérmenes hasta rayos cósmicos mortales, esto significa que cada hombre y mujer del planeta carga con cerca de cinco kilos de armadura incorporada. La piel se encarga de que la gran mayoría de estos elementos se queden afuera, donde no puedan herir otros órganos más deli-

cados. Pero no es sólo escudo —y allí está la paradoja— sino nuestro más fiel medio de comunicación. Tan alerta siempre que, incluso cuando dormimos y todos nuestros otros sentidos reposan, puede avisarnos del frío o de algún peligro que se acerca.

Un bebé aprende tocando no menos que viendo. Resulta para él instintivo palparlo todo, así como le resulta instintivo probarlo todo; por algo hay que cubrir los tomacorrientes y alejar los frascos de veneno. De hecho, el gran aprendizaje de los primeros meses no consiste en nada menos difícil que en aprender exactamente donde acabamos nosotros y comienza todo el resto del mundo; o lo que es lo mismo, cuáles son los límites exactos de

la piel. Sólo una vez que se da ese enorme salto, esa primera toma de conciencia vinculada a los límites del propio ser establecidos por la piel, podemos comenzar con el aprendizaje de qué hacer con el pequeño espacio que sí somos: cómo manejar nuestro cuerpo, nuestros brazos, nuestras piernas. Un aprendizaje en que la piel resulta indispensable: así, debemos aprender a apretar duro con la mano para que no se nos caiga un objeto, pero no tanto como para romperlo, y a distinguir, por la sensación, cuando nuestros pies están firmemente posados sobre el piso o cuando la dureza o el filo de algo puede lastimarnos.

La piel es muralla y es puerta. Una condición que resulta

más patente que nunca en el mayor tributo que alguien puede hacerle a su propia piel, así como a la piel de aquel o aquella a quien desea: el sexo. La misma epidermis que tantas sensaciones nos brinda, impide también que realmente nos fundamos como a veces podemos llegar a desear en el paroxismo del deseo y el amor. Son las pieles que se rozan y se penetran en una medida mínima las que inspiran la expresión “la unión de los amantes”. Pero si bien es la piel la que permite que esa unión sea posible hasta cierto punto, es también ella la que genera la frustración de que esa unión sea, en última instancia, del todo imposible, al recordar que, antes que cualquier otra cosa, su condición es la de frontera. Por eso, la cópula implica el acercamiento extremo entre las fronteras que encierran a cada uno de los amantes, pero no su disolución.

Hombres y mujeres somos además distintos. La necesidad de la guerra y la caza dotó al hombre de una piel más resistente pero también con menor sensibilidad y muy limitadas zonas erógenas. El pecho del hombre —al decir de Michel Tournier en su hermosísimo cuento “La familia de Adán”— es “duro y seco como un escudo” y este tiene pies “duros como pezuñas”. La mujer es distinta: llena de

zonas sensibles. Nos supera a los hombres en todo con lo que tenga que ver con la piel distinto a su resistencia. Para los evolucionistas esa diferencia se debe, ante todo, a lo conveniente que resulta una madre cuya suavidad reconforte y en las ventajas que tiene cualquier cosa que facilite poder inspirar ternura en el hombre gracias a un aspecto más infantil, tal como también cambia en ellas mucho menos el tono de voz al madurar. Tournier no se complica tanto. Para él las diferencias se deben a una razón mucho más simple: Adán fue creado a partir de la arena del desierto; Eva, en cambio, fue moldeada con la “tierra húmeda y grasa del Paraíso”. Y todos sus descendientes compartimos sus características primordiales.

Es más, el ser humano es aún más distinto de otros animales en relación con su piel de lo que lo son entre sí hombres y mujeres. Ante todo nuestro vello corporal es sumamente escaso —en algunos más que en otros, por supuesto— y poseemos una capa de grasa subcutánea que sólo compartimos con los mamíferos marinos. Esa es una de las razones que esgrimen, por cierto, para la teoría del mono acuático, que postula que el eslabón perdido se encuentra bajo el mar. Según esta teoría —tal como los delfines descienden

de un animal parecido a la vaca que se adaptó de nuevo al mar de donde la vida surgió— nuestros antepasados fueron simios que regresaron al mar; viviendo quizás en forma parecida a como hoy lo hacen las focas, y allí perdieron el pelo, pero más tarde por algún cambio ambiental nos arrepentimos y volvimos a la tierra. Eso, en todo caso, no sólo podría explicar por qué nos gusta tanto ir a la playa y podemos permanecer por horas en el mar sin congelarnos, o por qué un bebé aprende tan fácil a nadar, sino que nos pone en un lugar aparte en relación con la sensualidad. El pelo protege pero también aísla. Nuestra especie, en cambio, carece de barreras adicionales aparte de la piel. No resulta raro, entonces, que tantos deleites y productos se hayan inventado para disfrutar de nuestra acariciable cubierta, desde el masaje hasta las cremas suavizantes, pasando por las telas sedosas y la interminable biblioteca de artes amatorias. Y la importancia que el cuerpo mismo asigna a la piel, se muestra en hechos como que sus células son las que más rápido se regeneran en todo el cuerpo, hasta el punto de que mudamos completamente de piel cada veintiocho días. Un detalle no tan agradable al respecto es que gran parte del polvo que se acumula en una casa habita-



revista  
UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA  
ISSN: 0120-2367

*Rector*  
Alberto Uribe Correa  
*Vicerrector general*  
Martiniño Jaime Contreras  
*Secretaria general*  
Ana Lucía Herrera Gómez

*Director:* Elkin Restrepo  
*Asistente de dirección:*  
Lina María Ruíz Guzmán  
*Diseñadora:*  
Marcela Mejía Escobar

*Auxiliar administrativa:*  
Hilda Milena Villegas Mejía  
*Corrector:* Andrés García Londoño

*Comité editorial:* Jairo Alarcón, Héctor Alzate, Sandra Arenas Grisales, Carlos Arturo Fernández, Efrén Alexander Giraldo, Pablo Montoya, Juan Carlos Orrego, César Ospina, Martha Alicia Pérez, Luz María Restrepo, Andrés García Londoño

*Impresión:* Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

*Agradecimientos:* Miguel Escobar Calle, José Gabriel Baena

*Correspondencia y suscripciones:*  
Departamento de Publicaciones,  
Universidad de Antioquia  
Bloque 28, oficina 233,  
Ciudad Universitaria  
Calle 67 N.º 53-108  
Apartado 1226, Medellín, Colombia

*Tel.:* (574) 219 50 10, 219 50 14  
*Fax:* (574) 219 50 12

*E-mail:* revudea@catios.udea.edu.co  
*Página web:*  
<http://www.editorialudea.com>  
*Publicación indizada en:* MLA,  
Ulrich's, CLASE

*Canje:*  
Sistema de Bibliotecas,  
Universidad de Antioquia  
Bloque 8, Ciudad Universitaria  
*E-mail:* canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno  
N.º 00238  
Tarifa postal reducida para libros y  
revistas N.º 843 de la Administración  
Postal Nacional

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

da —y que con tanta diligencia barremos— no consiste en nada más que en piel muerta. Una prueba más de que incluso si no estamos, la piel impregna todo lo que tocamos, dejando un rastro constante de que existimos.

En un momento de lucidez Paul Valéry pronunció una frase lapidaria que puede resumir la conclusión última sobre el tema: “Nada hay más profundo que la piel”. Y es cierto. Somos más conscientes de esa frontera que de cualquiera de nuestros órganos internos, a menos por supuesto, que algo ande muy mal dentro del organismo. En el caso de la piel, ser superficial es ser profundo. La piel no sólo está hecha para mantener “lo externo afuera”, como afirma Deleuze. Representa también lo interno afuera. Todo está vinculado a ella a través de los nervios. Una realidad que aprovechan disciplinas como la acupuntura o el masaje terapéutico. Por eso, pocas tragedias pueden ser mayores para un hombre o mujer que la neuropatía —o pérdida del tacto—. La incapacidad de sentir dolor lo lleva a estar expuesto a todos los peligros, pues no se enterará de cuando la llama lo queme o un filo lo corte hasta que sea tarde para reaccionar. Eso, para no hablar de los mil placeres que lo evadirán. ¿Qué gran goce terreno le queda a un hombre o a una mujer que haya perdido el contacto con su propia piel? ¿Cómo podrá alegrarse de la brisa o disfrutar una caricia, del roce de las sábanas o del contacto con el agua tibia en una mañana fría?

Por todo esto, no queda sino reconocer una verdad muy simple; tan simple, de hecho, que rara vez somos conscientes de ella. Pero que también es una verdad con un alcance extenso. La piel es una de las soberanas de nuestra vida. Su imperio se extiende por cada uno de noso-

tros. Y todos, libertinos o ascetas, somos súbditos de esa frontera que nos comunica con el mundo y establece nuestros propios límites.



## La pregunta sobre Dios

Eduardo Escobar

La pregunta sobre Dios hace menos aburrido el tránsito de esta vida mortal a la otra. Del Diablo ni hablar. El personaje es demasiado previsible, con algo de payaso malo, una constante triste en la historia de nuestras rutinas. Dios es más complejo.

A veces se ausenta. Entonces descansamos de su asedio. Pero sus vacaciones no duran. Siempre vuelve a ponerse de moda después de las siestas confusas. Voluble.

Algunos asimilan su retiro a los desórdenes sociales, la desesperación, las catástrofes. No es la norma. En ocasiones sus asuetos nos permiten relajarnos, existir a vuestras anchas. El peso de su vigilancia nos hace perder la naturalidad de los monos auténticos. Recobramos la inocencia lejos de su mirada penetrante.

No es lo mismo ausencia que indiferencia. La ausencia es una forma de la permanencia de Dios. Los místicos occidentales lamentan en sus escritos estas crisis de silencios apabullantes, el vacío que deja al partir. “Acidia” llaman al estado negativo. La pereza del espíritu.

Dicen que necesitamos a Dios. ¿Pero por qué necesitaría Él de nosotros si su perfección no puede ser halagada aunque nos postremos de rodillas? Ni puede ser avergonzado por

nuestra vanagloria. Preguntamos por Dios. ¿Pero pregunta Él por nosotros?

La afirmación de su existencia y su negación, que algunos sabios convirtieron en la tarea de su pedagogía desde Lucrecio hasta el último pequeño ateo asalariado que a esta hora revuelve argumentos en una academia, son la misma arrogancia humana. La fe desmedida en nuestra capacidad para entender las cosas visibles e invisibles. Incluido el ambiguo Dios de la fantasía teológica. Y el Diablo, su bufón.

Cuando siento necesidad de decir una oración, me limito a dirigir la plegaria, “a quien pueda interesar”.

Dios bien podría existir. Como el indiferente de Joyce, lejos, aparte, arreglándose las uñas, como el de Pascal que espera hacerse manifiesto en algún pliegue del corazón humano abrumado por el abismo, o yacente, y activo, en las circunvoluciones cerebrales que los neurólogos rastrean en los laboratorios iluminados, trajeados con los delantales blancos del nuevo sacerdocio de la ciencia que es la superstición moderna. O bien podría faltar en la Creación en absoluto, perfectamente. Aquí, el adverbio importa.

El universo misterioso que habitamos necesita la idea, y la excluye. El enjambre de soles que se devoran unos a otros sobre nuestras cabezas, los protones saltarines y los fotones erráticos y las partículas que surgen y desaparecen sin razón en los microscopios electrónicos, y los aceleradores, ameritan un Creador más retorcido que un poeta borracho. Un Dios ocioso, aficionado a liberar fractales. O a nadie en particular que sirva de testigo inútil y perplejo del organismo colosal, fuera del instrumento viscoso, hecho de materia gris y sangre cruda, que

nos corona. Sede del espanto de la conciencia. Y del espasmo ridículo de la risa.

Ambas cosas, la existencia o la inexistencia de Dios, satisfacen la necesidad de absurdo del egoísta que necesita sentirse problemático, abandonado o comprometido, solo o en la presencia abracadabrante de Dios.

La idea de Dios sirvió mil veces en la historia arresada de este mamífero con inclinaciones místicas para justificar matanzas e incendios. Programas éticos de extraña mansedumbre y versos de claridad irreprochable en un mono desnudo recién bajado de unos árboles africanos. Para la ferocidad y la bondad. La resignación, la decepción, y la esperanza. Dios es multiusos.

Dios es un hecho político, según algún espíritu práctico. Una aspiración biológica hacia cuya manifestación caminamos, para otros. Yo me acojo a su gracia para no embrollarme. Si Dios existe, peor para él.

Ante Dios somos deleznable, dice el predicador en su púlpito dorado. Pero también somos el pensamiento. La inteligencia que nos distingue o nos abrogamos, si no es una especialización de la malicia. Jacob luchó con el ángel del Señor. Por eso cojeaba.

Mi hija Raquel siempre puso en aprietos mis pobres lecturas con preguntas capciosas, o pertinentes. Una vez me preguntó por Dios. Y le contesté tratando de no perturbar sus cinco añitos con el censor bajo cuya mirada crecí con espanto: Dios es un concepto para expresar la idea de la totalidad. Ella me miró y agregó insatisfecha. ¿Y qué es concepto? ¿Qué es expresar? ¿Qué es idea? ¿Qué es totalidad?

Todavía estoy tratando de aclararme, aunque sea ante mí solo, qué expreso cuando digo idea, qué es un concepto, cómo puedo definir la totalidad en

esta cosa insondable, expansiva, material y difusa, escapando a la velocidad de luz de toda comprensión y de toda incompreensión.

Un científico de la última camada —uno de esos sabios yanquis educados con comics acostumbrados a las onomatopeyas, que reemplazaron en consecuencia el clásico Fiat Lux de la Biblia por el Big Bang—, el doctor Alan Guth, dijo: el universo apareció en medio de una nada absoluta y a medida que creció se fue llenando con cosas que llegaron de ninguna parte.

Con cosas y cosas. Incluidas las preguntas de las niñas, supongo. Y las respuestas de sus padres, a veces estrechas para su talla, o una talla más grande.

Guth dijo también que hace años quiere poner orden en su oficina, pero los compromisos no lo dejan. Conservo montones de cosas inservibles. Pero siempre creo que puedo necesitar algo más tarde. Y podría arrepentirme si lo echo a la basura.



## Una vida novelesca

Juan Carlos Orrego

El antropólogo más longevo en la historia de la clásica ciencia del hombre, el por antonomasia estructuralista Gustave Claude Lévi-Strauss, debe sus días más novelescos a un viaje etnográfico al chaco brasileño realizado pocos años antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando se ganaba la vida como profesor en São Paulo. Quizá alguna penosa obligación docente pesó en la decisión de partir, no siendo la suya la vocación de



Marco Polo de acuerdo con las honestas confesiones de *Tristes tropiques* (1955), memoria de su periplo: “Odio los viajes y los exploradores”. Sin embargo —y quizá como fruto de su sacrificio— tres novelas terminaron atravesando su libro: el proyecto de una propia ficción, la semilla de un libro ajeno y su vida misma en clave de novela.

Pocos meses después de terminar su enmarañado viaje, el antropólogo se vio ante el fin de sus días brasileños y la ruptura con su esposa Dina, crisis de la que ideó escapar por mediación de un truco milenario: escribir una novela. Imaginó la trama gris en que un hombre, con un fonógrafo de por medio, embauca una tribu indígena y le arrebató una colosal reserva de cocos que luego convierte en inmensa fortuna. El antropólogo, sin embargo, creía “muy conradiano” el asunto, pero luego lo dejó tirado por la sola fatiga que le produjo entregarse a los “pequeños detalles”. Años después, cuando le propusieron participar en una colección de libros de viaje, ape-



nas rescató el título de la fallida novela —*Tristes tropiques*— y un capítulo demente —“La puesta del sol”— en que intentó describir, con la objetividad pedida a una prueba de laboratorio, las evoluciones cromáticas del ocaso y la improvisada danza que a esa hora ejecutan las nubes. El fracaso de su puntillosa e inútil observación quedó revelado en una frase que, muy probablemente, hace parte de la cauta sabiduría de los poetas: “La noche se introduce como por superchería”.

A otro quedó la tarea de hacer la novela a la que renunció Lévi-Strauss, aunque todo fue



posible gracias a una irresistible sugerencia suya. En efecto, en el capítulo veintidós de *Tristes tropiques* cuenta que su mejor informante e intérprete entre los indios bororo fue un hombre de la aldea de Kejara, cuya inteligencia lingüística le había granjeado un viaje a Roma financiado por el entusiasmo de los misioneros salesianos; sin embargo, a pesar de haber sido recibido por el mismo pontífice, el nativo volvió a su tierra para sepultarse en el húmedo subsuelo de sus tradiciones. Cuenta Lévi-Strauss: “fue a instalarse en Kejara, donde llevaba una vida ejemplar de

salvaje desde hacía diez o quince años. Todo desnudo, pintado de rojo, con la nariz y el labio inferior traspasados con barritas y emplumado, el indio del Papa se reveló como maravilloso profesor de sociología bororo”. La idea fue aprovechada veinte años después por el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, quien en *Maira* (1976) plasmó la historia de Isaías, un sacerdote indio a quien no bastaron Roma ni conocer a una acuciosa mujer blanca para olvidar su aldea selvática: su vocación eclesíastica se va al traste cuando considera que el prójimo no dejará “que un indio de mierda lo bendiga, lo confiese, lo perdone”, y su desdén con las mujeres de Occidente tendrá una prueba cruenta cuando deje que la hembra blanca, en trance de parir, se desangre solitaria a la orilla de un río (un sardónico personaje comenta el deceso: “Parece chiste de inglés: espera que voy allí al bosque a parir unos gemelos y vuelvo ya”).

Finalmente, *Tristes tropiques* y la vida de su autor dejan ver indicios de que la excursión anticipaba los mismos gestos de la mejor novela de ese confín brasileño: *Grande sertão: veredas* (1956), de João Guimarães Rosa. Los lugares visitados por Lévi-Strauss se parecen mucho a los bosquejados por el novelista mineiro, además de que la historia actuada por uno y escrita por otro parecen encontrarse en una siniestra anécdota común: un pacto con el diablo. Guimarães Rosa imaginó que Riobaldo celebraba con el Que-no-ríe un negocio ruin: el bandolero le pedía alcanzar la dignidad de jefe de los yagunzos, y el azufrado Cramullón se cobraba con la vida de Diadorim, prenda amada de su cliente. Lévi-Strauss, cara a cara con el Mafarro en el claro de selva indicado y a la hora justa —o quizá en la choza

que, según su relato, compartía con un brujo mientras estuvo entre los bororo—, habría hecho su propia petición: el lugar común de la inmortalidad a cambio de apoyar el demoníaco proyecto de confundir el justo raciocinio humano. Por lo que se sabe, el negocio se llevó a cabo con éxito: el antropólogo difundió por el mundo la teoría estructuralista que cambia la cultura por una ecuación insana — $F_x(a): F_y(b) = F_x(b): F_{a-1}(y)$ —, y el Azarape alargó con holgura los días del enrevesado filósofo, quien el próximo 28 de noviembre ajustará su primer siglo de vida.



## Patagonia

Ignacio Piedrahita

Ubicada en la última cola del continente suramericano, la Patagonia se extiende por cientos de kilómetros entre el océano Atlántico y la cordillera de los Andes. Aunque posee mesetas y colinas y la atraviesan numerosos ríos, la disposición holgada de estos accidentes geográficos hace pensar que todo es más bien plano y seco. Los animales que viven allí son apenas un puñado de especies; las plantas crecen enanas y espinosas. Los asentamientos humanos están desperdigados y carecen de mayor interés. En la mayor parte de su territorio no existen los fenómenos espectaculares que tanto cautivan al hombre a primera vista. Al contrario, es más bien la carencia lo que allí gobierna. La Patagonia, pese a todo, tiene la capacidad de instalarse en el corazón del hombre como pocos otros lugares.

La fascinación que ha ejercido esta región en los viajeros del mundo quizá tenga su origen un día de otoño de 1520, cuando Hernando de Magallanes tuvo una extraña visión sobre la costa ubicada al sur de lo que hoy es Argentina. El portugués, comandante de la expedición española encargada de llegar a las Indias orientales buscando un paso por América, observó desde su embarcación lo que parecía un hombre de gran estatura, cubierto con una enorme piel, que llamaba la atención de la tripulación dando saltos sobre la playa. Y como este salvaje se le pareciera al gigante Patagón, personaje de la novela de caballería *Primalión*, decidió bautizar a esa tierra en su nombre. Con el reporte de semejante figura, que no era más que un nativo corpulento con un cuero de guanaco a la espalda, Magallanes sembró la semilla del misterio sobre ese lugar del mundo. En adelante, casi todos los viajeros ilustres se aseguraron de tomar medidas corporales a los indígenas autóctonos.

De paso, esos viajeros se vieron atrapados por el carácter de aquella tierra aparentemente monótona y agreste. En un principio, sin embargo, muy pocos aprobaron sus características geográficas, que calificaron de pobres y aburridas. Charles Darwin lo consignó de la siguiente manera en el relato de su visita en 1832: “la región permanecía siempre igual, y era extremadamente poco interesante. La total similitud de los productos a lo largo de la Patagonia es una de sus características más impactantes”. Paradójicamente, fue gracias a esa desolación que Darwin consiguió su boleto en el buque Beagle. El capitán Robert Fitz Roy, temiendo que una depresión en aquellas soledades le hiciera continuar una tradición de suicidios en su familia,

hizo buscar un nuevo tripulante que, además de ser de provecho a la expedición, le pudiera servir de compañía. Así fue como le presentaron al joven naturalista, quien luego, con sus ideas acerca de la evolución de las especies, llegaría a cobrar más fama que el honesto comandante.

Más tarde, en la década de 1870, el viajero argentino Francisco Moreno recorrió la Patagonia y no se refirió a ella con mayor generosidad: “Todo es igual, la monotonía opresora enerva aquí, desespera. La aridez continua, las sabanas de piedras, los arbustos que viven muriendo le comunican un abatimiento con el que sólo la energía puede luchar”. Hay que reconocer, no obstante, que Moreno —llamado luego el “perito” por sus buenos oficios como experto en límites con el vecino país de Chile— estaba obsesionado por la cordillera de los Andes: “A no ser por la espléndida vista de la cordillera, el paisaje no podría ser más desolador”. De cualquier manera, ésta parece ser invariablemente la impresión inicial de los primeros viajeros a la Patagonia: desolación, tristeza, abatimiento.

Aun así, ningún aventurero dejó de visitar la región. Al contrario, se adentraron más en ella y la mayoría repitió sus viajes, como seducidos precisamente por las dificultades de esa tierra incógnita. ¿Cuál es pues el origen de tan secreta seducción? Una prueba histórica es la fundación de la colonia galesa en la década de 1860 en plena Patagonia. Un grupo de estos europeos, después de estudiar con cabeza fría las crónicas de los viajeros, tomó la decisión de trasladarse allí y refundar su cultura. Como era previsible, desde su llegada las noticias no pudieron ser peores. Pasaron lustros de dificultades en esa tierra estéril antes de que pudieran salir adelante,

pero persistieron y la colonia sobrevive aún hoy convertida en los modernos pueblos de Trelew y Gaimán.

Parece, pues, que una cosa es la primera impresión y otra el contacto con la tierra. En el caso de Moreno también se ve cómo una atracción íntima hacia la Patagonia se va desarrollando conforme transcurren sus viajes. Así como en un principio se le escuchó denostar de ella sin compasión: “El desierto patagónico se hubiera dicho abandonado por los dones de la naturaleza desde el último tiempo geológico”, también se observa cómo poco a poco va encontrando la sal de ese paisaje simple: “Un viajero halla siempre múltiples atractivos en los parajes que visita, por mal que los haya dotado la naturaleza”, y “quizá la costumbre ya adquirida y el mayor conocimiento de la región patagónica me hiciera encontrar alegrías donde Darwin sólo había hallado tristeza”. El sabor final que deja la lectura de los diarios de Moreno es la de un enorme cariño por esas tierras a las que se enfrentó apenas con veinticinco años.

El escritor William Henry Hudson estuvo en la Patagonia a finales del siglo XIX, y leyó ya con algunos años de por medio las crónicas de expedición de Darwin y Moreno. A diferencia de estos últimos, Hudson ya no se sentía un pionero; el objetivo de su viaje era la contemplación. *Días de ocio en la Patagonia* es el título del libro donde narra sus preferencias por dedicar las madrugadas a escuchar el canto de los pájaros en vez de partir en busca de regiones desconocidas. Naturalmente, sus métodos fueron radicalmente diferentes de los que usaban intrépidos expedicionarios anteriores:

Abandonando mi punto de observación, reanudaba el paseo

y subía a otras elevaciones, para contemplar el mismo panorama desde un punto distinto. Y así continuaba por horas enteras, desmontando al mediodía para sentarme sobre mi poncho doblado... Volví allí, no una, ni dos, ni tres veces, sino día tras día. Visitaba ese lugar como si asistiera a una fiesta y sólo lo abandonaba cuando el hambre, la sed y el sol me obligaban a ello.

Hudson, años después, se preguntaba por la atracción que ejercía sobre él ese paisaje abierto, comparándolo con paisajes naturales de indiscutible esplendor:

Las imágenes [de estos últimos] corresponden a escenas que una vez fueron contempladas con asombro y admiración —sentimientos que no puede inspirar el desierto de la Patagonia—, pero la soledad gris y monótona despierta otros más profundos y en ese estado de ánimo la escena se imprime en la mente con caracteres indelebles.

Es en el recuerdo, según él, donde realmente se encuentra el verdadero significado de un paisaje contemplado por el ser humano. Hudson lee con atención a Darwin y encuentra un interesante testimonio:

Evocando las imágenes del pasado, veo que las llanuras de la Patagonia pasan frecuentemente ante mis ojos; sin embargo, todos dicen que son las más pobres e inútiles. Se caracterizan sólo por sus rasgos negativos, carecen de viviendas, agua, árboles, y montañas; no tienen más que algunas plantas enanas. ¿Por qué, entonces —y esto no me ha sucedido solamente a mí— esos desiertos se han posesionado de tal modo en mi mente?.

Quien visita la Patagonia parece ver en la región una carencia que por alguna razón cree poder llenar, ya sea con su afán de descubrir, con su sacri-

ficio colonizador, o aun con su imaginación. La ve como una geografía incompleta que precisa del ser humano como artífice de su conclusión, y eso mismo lo hace sentir útil y necesario. Para el aventurero es el lugar inaccesible e imposible de comprender por excelencia, vasto y magnífico a pesar de su reciedumbre. El inmigrante se ve atraído por el mensaje de una tierra insana y difícil, y encuentra en la dificultad una oportunidad de sobreponerse al destino. Y, para el escritor, la Patagonia es el lugar en el cual vaciar su imaginación y llevar a cabo su obra inacabada; “un lugar [dice Hudson] en el que la monotonía de las llanuras, el color gris de todas las cosas y la ausencia de animales y objetos que atraigan los ojos dejan la mente libre y abierta para recibir una impresión de conjunto de la naturaleza”. No es una tranquilidad similar al bienestar lo que ofrecen algunos paisajes de la Tierra, sino una tranquilidad interior que el ser humano consigue a través de las imágenes que éstos imprimen en su memoria.



## El día a día de un dibujante de historietas

Álvaro Vélez

La vida, en general, es aburrida. Resulta paradójico que la rutina, en la que inevitablemente nos vamos sumergiendo, nos resta interés por las cosas significativas de la existencia y, al mismo tiempo, nos permite resistir al tedio que significa continuar con la vida, en muchos casos sin sentido. Esto quizá nos

sucedía a la mayoría de los mortales: aburrirnos hasta el final de nuestros días. Aunque existen otras personas que hacen cosas significativas, o por lo menos, se distraen en asuntos que incluso parecen disfrutar, lo que muy seguramente, les hará no sólo ver y gozar esas pequeñas cosas importantes de la vida, sino que también nos enseñará a algunos dónde poder encontrar un poco menos de aburrimiento mientras esperamos el inevitable deceso. Uno de esos mortales que parece haber encontrado un oficio para no aburrirse es James Kochalka (Vermont-Estados Unidos, 1968) un dibujante de cómics que cuenta con una importante y extensa obra.

Kochalka es lo que podríamos llamar “un dibujante del día a día”, y no sólo porque su oficio lo ejerce a cabalidad, con constancia, cada vez que sale el sol, sino también porque lo que dibuja en sus historietas es el día a día de su vida, el diario de sus experiencias. Lo interesante es que Kochalka es capaz de dibujar lo más absurdamente cotidiano; aquello que, al parecer, no tiene ninguna importancia pero que en definitiva resulta ser lo más significativo en la vida, pues le da sentido a la existencia: comer un helado en el porche de la casa y hablar de cualquier cosa con su hijo, mirar al gato revolcarse en la cama, sorprenderse con un insecto que camina por el piso, tener un pensamiento antes de entrar en la cama con su esposa, desayunar cereales junto a su familia o, simplemente, ver caer la nieve a través de la ventana.

Todo eso y mucho más ayudado con un dibujo de línea clara, con una innegable estética *naif*, donde se puede apreciar un agradable y saludable hedonismo, un disfrute de la vida, de su familia y de sus amigos. Pero el trabajo en cómic de Kochalka no



se queda ahí, porque el autor es capaz de combinar esa atmósfera inocente y cándida con una filosofía que podríamos llamar *punk*; la del “hazlo tú mismo”, la eterna contestataria, la del buen anarquismo. Kochalka logra lo que pocos: ser *naif* sin empalagar, reconocer esos momentos aparentemente insignificantes, ejercer un papel de contemplador, gozar de los pequeños placeres y, al mismo tiempo, tener una visión también desfachatada, un poco rebelde y hasta cruel en ciertos momentos.

El trabajo en cómic de Kochalka se basa entonces en historias autobiográficas. Gracias a su *alter ego*, un elfo que hace las veces de él mismo, en sus páginas se pueden conocer muchos aspectos de su vida, de su familia y de sus amigos. Desde hace algunos años Kochalka publica sus historietas en su sitio web [www.americanelf.com](http://www.americanelf.com). Pequeñas obras en cómic, aparentemente simples en su dibujo pero generosas en lo que cuentan. Estas historietas han aparecido regularmente, un promedio de cuatro o cinco a la semana, durante cinco años en su página

web. Una vez que Kochalka ha terminado una serie de cómics publicados en la Internet —más o menos cada año—, edita un libro titulado *James Kochalka's Sketchbook Diaries* (hasta el momento cuenta con cuatro volúmenes, bajo el sello editorial de Top Shelf Productions), aunque hablar de la producción editorial de Kochalka es adentrarse a un mundo lleno de obras, en una cantidad desbordante: *American Elf* (tres libros editados por Top Shelf Productions) y *Conversations, Super F\*ckers, The Perfect Planet, Johnny Boo*, entre muchos más.

No contento con los cómics y con su amplia producción de libros Kochalka también ha probado con el arte de las artes: la música. Su banda de punk rock *James Kochalka Superstar* ha alcanzado cuotas de pequeña celebridad y algunas de sus canciones, como “Monkey vs Robot o Hockey Monkey”, han logrado tener una significativa audiencia. Así que Kochalka se divide entre encontrar esos pequeños momentos para disfrutar con su familia y consigo mismo, dibujar cómics para su sitio web y sus publicaciones, y asistir a bares y conciertos jugando a ser una súper estrella dentro del mundillo del punk rock. Una vida que parece bastante ocupada y que, quizá, deje muy poco espacio para el aburrimiento, ese mismo que pienso sentimos la mayoría de los mortales, y que sería definitivo si no existieran pequeñas grandes obras, como las de Kochalka, las cuales nos muestran que quizá no valga la pena vivir más pero sí aburrirse menos.

Profesor de la Universidad de Antioquia



## Las casas de Neruda

Paloma Pérez Sastre

...la casa sigue subiendo  
y algo pasa, un latido  
circula en sus arterias:  
es tal vez un serrucho que navega  
como un pez en el agua de los sueños  
o un martillo que pica  
como alevoso cóndor carpintero  
las tablas del pinar que pisaremos.

Pablo Neruda

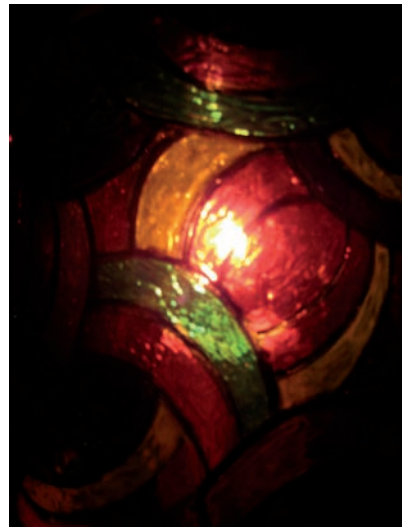
Llegué de Chile un domingo a mediodía, directo a buscar en mi biblioteca los libros de Neruda. Quería releer *Confieso que he vivido*, pero el libro había desaparecido. Por suerte, la librería de viejo del pueblo estaba abierta; la dueña, encaramada en una escalera, me dijo con pesar que le había vendido el único que le quedaba a un colegial. Insistí, le dije que no tenía prisa, que buscara un poco más. Al rato apareció, detrás de una fila doble, un ejemplar del Círculo de lectores, al que no le bastaron varias pasadas del trapo sacudidor que la mujer tenía en la mano. Lo tengo ahora, junto a sus poemas, en el estante destinado a los libros escritos por los amigos. No se trata de un acto confiado ni pretencioso. Explico: así como dicen que en los sótanos de las pirámides de Egipto se corre el riesgo de respirar un hongo maligno, en las tres casas de Neruda algo vivo e inmune al desgaste del paso de las tropas de turistas, quizás escondido en la mirada de un mascarón de proa, en los visos nacarados del espiral de una caracola, en las copas de colores que resaltan el sabor del vino, en la rugosidad de una mesa de madera regalo del mar, en el rayo que entra por una escotilla o en el trozo de océano que se ve a través



de ella; un espíritu se esconde juguetón para salirle al paso de pronto al visitante, que en la sorpresa entiende, de una vez por todas, la dicha de tener amigos.

Pablo Neruda construyó su casa (podría decirse que las tres, por la identidad de su concepción y la continuidad de sus espacios, son una sola), conversando con los materiales:

[...] y yo dije: “Venid a mí, puertas perdidas: os daré casa y muro y mano que golpea, oscilaréis de nuevo abriendo el alma, custodiaréis el sueño de Matilde con vuestras alas que volaron tanto”.



La pintura lamía las paredes para vestir las de celeste y de rosado y dejarlas listas para el baile; y la primavera se encargaba, al final de la obra, de poner el azul y las flores. Casas-barco de tierra firme, laberintos donde guardar y gozar con los amigos los innumerables juguetes, cada uno con una historia imbricada en la emoción de vivir; como esos dos objetos inmensos; inmensos también en su litera-

lidad material: un zapato de un metro de largo y un caballo de tamaño natural ensillado, que habían sido avisos publicitarios en las puertas de la zapatería y la talabartería de Temuco, el pueblo natal. Con los que el poeta, desde la eternidad, nos habla de su origen pobre a estos amigos de hoy, peregrinos sin esperanza de poder suspender el paso para sentir cómo se ve y cómo suena el mar de noche, qué se dicen los juguetes en la oscuridad.

Hay un pasadizo escondido en el mueble del comedor por el que Neruda desaparecía durante la cena para luego volver disfrazado. Él mismo atendía el bar (en miniatura pero de verdad, con mesas como cualquier otro barcito de puerto en el mundo), con el atuendo de chaleco y corbatín característicos del *barman*, y con toda la ceremonia inventaba y preparaba rarísimos cocteles. En las vigas del de Isla Negra tallaba los nombres de los amigos que morían para que, desde allí, siguieran brindando con los vivos. Cuentan quienes allí estuvieron que en cuanto se sentía mareado por el alcohol, se metía en un velerito incrustado en el patio para sentir el mareo del navegante en alta mar; la única forma de viaje marino que le estaba permitida.

Casas-rompecabezas en crecimiento perpetuo, cual enredaderas que se van tomando las rocas sobre las que se yerguen; nidos de pájaros en las grietas del acantilado. Escaleras estrechas, puertecitas y ventanitas incompatibles con la corpulencia del poeta, y que, no obstante su tamaño, extienden el corazón y la mirada hacia el azul de afuera, a la vez que hacia la profundidad descomunal de la fantasía. Los cuartos diminutos, con sábanas blancas y colchas gruesas, surgieron para morada de los amigos, junto al bar o en el patio; en

ellos, los recién llegados podían encontrar alguna prenda, jabón u objeto olvidado por Guillén, Bola de Nieve o Carranza; por eso dijo Ricardo Boizard: “En ese cuarto ha estado en pijama toda América”.

Profesora de la Universidad de Antioquia



## Faits Diverses

Claudia Ivonne Giraldo Gómez

La crónica policíaca o crónica roja era, hace menos de tres décadas, parte apetitosa, si no la más, de la prensa escrita de nuestro país. Y tenía su pareado en *La ley contra el hampa*, la inolvidable serie de “teatro radial” que no faltaba a la hora de la preparación del almuerzo en ninguna casa, donde la cocinera dejaba quemar la sopa por no perderse el desenlace, casi siempre fatal, de esos capítulos intrigantes y aleccionadores.

Diagramada en apretadas columnas, los titulares servían de entrada antes de saborear una más de las desgracias humanas: “Encuentran a madre de familia cruelmente asesinada la noche de navidad”; “Por robarle el cáliz al cura, le atraviesan el pecho con una lanza”; “Mató a su esposo con chocolate caliente”; “Hallan el cuerpo de un recién nacido en banca de la Catedral”. Contenían cada uno una aventura y la promesa de que algo, de carácter excepcional, oscuro y aterrador, nos esperaba. Historias que, además, debían cumplir con todos los requisitos de una noticia: la información breve, redonda y completa. Los repor-

teros judiciales o del crimen eran maestros de la concreción y de la economía de recursos, en grado tal, que harían morir de la envidia al más renombrado escritor de mini-ficción.

Y no sólo debían escribir bien e interesar al lector, sino que, a diferencia de los escritores mondos y lirondos, debían hacer trabajo de campo, ir al lugar de los hechos, investigar, entrevistar a familiares y vecinos, en fin, llegar más allá de lo que cabía esperar de un reportero. El resultado era que en muchas oportunidades resolvían el caso, para vergüenza de la misma policía. Inauguraron una tendencia periodística, todo un género de la actualidad, el “periodismo investigativo”, al que le debemos más de un destape de ollas podridas y de maquinarias de la corrupción en nuestro país.

Estamos hoy tan acostumbrados a encontrar agolpados en la primera página de nuestros periódicos locales y nacionales los dramas colectivos, los desfalcos a la nación, la guerra de guerrillas, las grandes masacres y los graves problemas diplomáticos, que una de esas noticias judiciales de entonces nos haría sonreír y nos parecería un tanto ingenua, hasta inocente. Sin embargo, las crónicas policíacas de entonces, daban cuenta en general del hecho que quebrantaba el tranquilo decurso de la vida de los habitantes de nuestras ciudades, en ese entonces pueblos grandes, a quienes también les interesaban



las crónicas sociales y dedicaban páginas enteras de sus diarios a anunciar la boda de una muchacha de clase alta y a seguirla, día tras día, en sus más frívolos pormenores. *Faits diversés* y noticias de sociedad nos hablaban de tiempos más tranquilos

No obstante, en algunos días, la tranquilidad llegó a ser tal, que no faltó el reportero que se inventara no sólo el crimen sino al criminal, como dicen que fue el caso de Porfirio Barba Jacob, quien siendo de jefe de redacción de un periódico capitalino, creó a un “tenebroso depredador urbano”, para satisfacer la demanda de esta clase de noticias. Ya antes, y con éxito, lo había hecho en México, según lo refiere Fernando Vallejo.

Tanto regusto por semejantes “noticias”, no puede explicarse solamente por una tendencia morbosa a gozar con el dolor ajeno, pues las crónicas rojas bien hechas cumplieron una función en el trabajo de la “normalización de la conducta” de los individuos: lo que ponían en acto eran los patrones de lo que es permitido y de lo que no, y por tanto servían para aleccionar y disciplinar; algo así como una versión eufemística de la cabeza del asesino clavada en la estaca a la entrada del pueblo por orden del gobernante, para que todos pudieran verla y recordarla con horror. La crónica roja nos avisaba, así como *La ley contra el hampa*, por donde salía el fantasma, sendero que se espiaba con fruición, pero por el que se evitaba pasar a toda costa.

Así como eran, las crónicas policíacas han desaparecido de nuestros periódicos locales; las han reemplazado unas gacetas que, por muy poco precio, informan al aterrado ciudadano de los pormenores de la vida que transcurre paralela a los grandes titulares de la gran prensa. Dado

su carácter tan decididamente visual nos impiden imaginar y nos lanzan de lleno a las imágenes del horror sin las sugerencias y tonalidades del suspenso y la emoción.

Añoramos la lectura de esa apasionante página de entonces, la lección que aprendíamos cada mañana de forma insospechada: lo que la vida proveía y que entonces vislumbrábamos en la turbamulta de los crímenes pasionales protagonizados por hombres borrachos y ‘coperas’, esas mujeres de la mala vida, pero también por señoras de bien que eran capaces, las benditas, de darle veneno dosificado en el chocolate del desayuno al marido, sin remilgos ni remordimientos.



## Acerca de lo sobrenatural

Luis Fernando Mejía

El travieso Oscar Wilde publicaba “El Fantasma de Canterville” en 1887, para contar que un ministro de los Estados Unidos había comprado, a sabiendas, un castillo en Inglaterra con fantasma propio, distinguido por su veteranía de tres siglos de andanzas y de prestigio. El ministro, mister Hiram B. Otis, dijo: “los fantasmas no existen ni creo que las leyes de la naturaleza admitan excepciones en favor de la aristocracia inglesa”. Con estas palabras cerró el negocio y el estadounidense, con su familia, empezó a vivir en la lujosa y antigua mansión. No tardó en aparecer el anciano duende, pero, distinto a lo que

siempre ocurría, el espectro no asustó a los recién llegados; por el contrario, fue objeto de diversión, de burlas y humillaciones por parte de los nuevos habitantes del castillo, en especial, de los niños mellizos del ministro, quienes lo recibieron con una jarra de agua que dejó al fantasma empapado hasta los huesos, además de tirarle almohadas a la cabeza cuando intentaba atemorizar con sus gastados trucos a los impasibles extranjeros. La horrible figura fue tratada sin miedos, y se convirtió en un entretenimiento que luego produjo compasión por un viejo, quien, sin remedio, se resignó a morir de tristeza, pues había perdido su razón de existir: causar pánico con su sola presencia.

Parece que el genial Oscar Wilde no creía en fantasmas ni en milagros o en seres no reales. Por eso, aprovechó su talento para dejar constancia imborrable de sus convicciones y, así, ayudarle a la humanidad a eliminar miedos o creencias absolutamente injustificadas, pues ya es suficiente bregar con los temores y asombros imprescindibles que vienen atados a la naturaleza.

Es probable que de algo haya servido el cuento del irlandés. La historia, luego de la publicación del relato, ha venido registrando menos apariciones sobrenaturales. De todos modos el fenómeno se resiste a quedar en el pasado. Basta con recordar que el 13 de mayo de 1917 en Fátima, Portugal, la virgen María se les apareció a unos niños entre los siete y los diez años, visión que se prolongó hasta el 13 de octubre del mismo año, cuando los infantes perdieron el privilegio de ver y oír a la virgen.

Después de esta afamada aparición, las que han acontecido tienden a ser muy modestas y sin

mayor impacto internacional, incluidos territorios como el cielo y el infierno. Los fantasmas y, en general, las apariciones milagrosas han perdido estatus social, lo cual no deja de ser lamentable, pues prevalecía la esperanza de que si a un pobre diablo se le presentaba la virgen, fácilmente era santificado y llevado a los altares como los pastorcitos de Fátima: Lucía, Francisco y Jacinta.

Ahora, a plena luz del día, y con alguna frecuencia, siguen las apariciones sobrenaturales como inocentes tatuajes, en especial en los tallos de los árboles o en las paredes húmedas de viviendas desvencijadas. Lo anterior ambientado por la correspondiente algarabía. Cualquier señora, ama de casa, ordinariamente llamada doña María, descubre en el techo de la habitación, luego de “coger una gotera”, una mancha borrosa que insinúa la figura de una mujer con vestido ancho y largo que asemeja la silueta de la virgen. Pero si alguien se acerca con detenimiento, y en forma desprevenida, a la imprecisa señal, le encontraría más similitud con la doña descubridora que con la madre de Cristo. El experimento no falla.

Por lo demás, las apariciones modernas se han constituido en una prerrogativa de la que sólo pueden disfrutar sectores sociales con intelecto muy singular, incluidos periodistas graduados en universidades certificadas por el Estado. La imagen de la virgen, o de alguien semejante a doña María, no surge milagrosamente en las fincas o en los inmuebles de los individuos ricos.

No se sabe si para bien o para mal, pero así como llegan se van las apariciones. Ya no se mantienen por siglos, ni por años, y ni siquiera por meses como la de Fátima. Ahora perduran mien-

tras las cámaras de la televisión comercial graban la mancha milagrosa rodeada de veladoras encendidas y de gente agobiada y arrepentida de pecados caseros. Ya no existen visiones fantásticas de larga duración. Son productos de consumos inmediatos y desechables. Y los medios de comunicación, tan acuciosos para divulgar las apariciones, se olvidan de reseñar las desapariciones, cuando la lógica prescribe que la llegada de una virgen merece el mismo despliegue que su despedida. Si a un personaje terrenal se le recibe y despide solemnemente, ¿por qué no hacer lo mismo con un ser sobrenatural?



Los milagros del presente se limitan a una monótona noticia. No es como antes, cuando se oyó hablar de la multiplicación de los panes o de la conversión del agua en vino; prodigios que caerían muy bien hoy, cuando se han redoblado las necesidades materiales en un país de caridad.

Los milagros o espantos modernos se han quedado en la anécdota pasajera, no obstante, en el lenguaje metafórico se

perpetúan expresiones dramáticas. Así se habla, por ejemplo, de pueblos fantasmas habitados por el monstruo de la violencia, sin que ni los mismos mellizos de mister Hiram B. Otis, con su desenfado, puedan hacer gran cosa para enfrentarlo.



## El desnudo a mano

Eliseo Gil

Hubo un tiempo en que las revistas de desnudos apenas existían y cuando circulaban, las dos o tres famosas, lo hacían de manera clandestina y entre gente dada al delito o al gusto pecaminoso de atentar contra las buenas costumbres. No eran muchos los que se atrevían a tanto. De pronto —éramos unos mozalbetes—, caía por suerte una de ellas en nuestras manos, después de cumplir un largo y azaroso camino, iniciado quién sabe cuándo y continuado quién sabe dónde, entregándonos sus maravillas. El ejemplar se nos llevaba el dinero ahorrado, pero valía la pena porque, ampliando el círculo, el valor de la reventa compensaba el riesgo. Revistas como *Playboy* o *Penthouse* se coleccionaban como otros coleccionan joyas o pinturas. En las puertas de los teatros, a escondidas, se daban cita quienes participaban de tan exclusivo círculo. Es de presumir que su mejor clientela, sin embargo, la constituían los mecánicos y carpinteros, en cuyos talleres, en sus paredes desconchadas y mugrientas, pegadas con chinches, aparecía siempre de manera des-

vergonzada la conejita del año, el semestre o el mes, tal como Dios la trajo al mundo, a veces jugando con un sombrero tejano o con una pulsera de diamantes para mitigar el efecto.

Eran tiempos —años 50— en que Hugh Hefner, en pugna con los pacatos códigos morales gringos, no sólo comenzaba a levantar (!) un imperio donde el placer y el regodeo de la vista eran lo primero, sino también a ofrecer los anticipos de la revolución sexual, que una década después iba a poner al mundo patas arriba. Actrices como Jean Mansfield, Mamie Van Doren, Lucinda Lee, rubias de pechos generosos —para no mencionar a la primera de todas: Marilyn Monroe, con quien el expedicionario Hefner inició su publicación— a través de poses cada vez más insinuantes, mostraron el catálogo de sinuosidades, relieves y bajíos que componen la geografía femenina a un público masculino que no parpadeaba al recorrerlo.

El cuerpo desnudo es siempre misterioso, escribió Octavio Paz, y quizás por esto las culturas se caracterizan, bien por cubrirlo o por desvelarlo (lo que explica la burka y el hilo dental). Sin embargo, gracias a las revistas, la publicidad y el cine, a la secularización, la nuestra parece llevarnos a otras conclusiones. Hoy, habituados a ver las cosas sin tapujo alguno, hasta las salas X, llenas de gloria en otra época, se quedan sin público y cierran sus puertas.

El desnudo ya no nos impacta, pues, de igual manera. Nos hemos familiarizado tanto con él que la frase de Paz suena extraña. No se si esto sea bueno o malo, pero igual acontece con la violencia, un producto que también se vende como cualquier energizante.

En Colombia, país surreal, cuentan los directores de esta clase de revistas, que las mujeres ni siquiera cobran por aparecer desnudas en sus páginas. Se supone que tal presencia es sólo el escalón que las llevara a otras partes, quién sabe dónde, y de este sobre-entendimiento entre unos y otras surge el pingüe beneficio a repartir, que es lo que importa, y aprovechar en todas las formas una distracción —hoy, cuando no se corre riesgo alguno— que de lo manida y previsible nos roba lo mejor de ella.

Lejos están los tiempos en que mostrar unos senos, una entrepierna, una hermosa espalda, eran suficientes para alterar el orden, cualquier orden, y en que quienes lo hacían, transgresores y desafiantes, corrían el riesgo mínimo de una excomunión o de parar en la cárcel.

Hoy, cuando la última portada es rápidamente reemplazada por la que viene, sin el regusto siquiera de un pecado venial, no deja de ser inquietante la sensación de haber perdido un misterio más. Y no el menor.



Esta publicación pertenece a



**Asociación de Revistas  
Culturales Colombianas**